



Mariana Yampolsky

TEXTURAS DEL ALMA, MEMORIAS DE OTROS TIEMPOS

La fotografía es confidente y cómplice de los recuerdos; es la cura que sana la nostalgia, rescatando la visualidad y el sentir de aquello que en un momento atesoramos y que el tiempo ha llevado al pasado dejando como depositaria a la invisibilidad de la memoria. La mente guarda un registro indiscriminado y continuo de cada momento, registrando el entorno, la emoción, la apreciación y la animosidad propia y ajena. El recuerdo es un elemento privado que tan solo pertenece a su dueño, y es quizá ese deseo de hacer visible su contenido para compartirlo, lo que ha dado un valor especial a la fotografía. Mientras que la fotografía común logra proveer de un registro documental de momento y espacio, el artista fotógrafo va en pos de un objetivo distinto; él selecciona, dentro de un universo muy amplio, un ángulo, un instante particular que le permitirá retener una substancia cuyo contenido va mucho más allá de lo visible. Y es que esa substancia involucrada en la objetividad de la escena logra hacerse perceptible a los sentidos y a la emoción, devolviendo entre sombras y luces las voces que ella encierra. Así, la lente de un artista contacta algo más profundo que aquello que a simple vista muestran las superficies, las texturas, las formas de los objetos, los gestos, las poses, el vacío o el espacio construido. El fotógrafo logra detectar y atesorar esencias en una superficie que inexplicablemente también se ve impregnada por algo de él mismo, por ese espíritu propio con el que logra tamizar los espacios, los objetos y los personajes que mira. Es esto lo que da un carácter diferente a la fotografía artística en comparación con la fotografía documental; es esto lo que la convierte en una obra de arte única, porque no habrá dos lentes que retraten de la misma manera. Así pues, en esta obra descubriremos el

maravilloso mundo que captó Mariana Yampolsky y, al mismo tiempo, descubriremos el de ella misma.

EL MÉXICO DE LOS AÑOS CUARENTA

En el año 1946 Mariana se encontró con un México que había consolidado los compromisos posrevolucionarios y se perfilaba hacia una transformación motivada por los modelos de desarrollo de las naciones avanzadas. El país orientaba su destino hacia una inevitable modernidad, y sin advertirlo se arriesgaba, como había sucedido a las grandes naciones y ciudades, a perder el valor de los individuos para ponderar a las masas y, con ello, al olvido de las tradiciones y un cambio en el sentido de la vida. Este era un hecho que inquietaba fuertemente a esta joven fotógrafa, cuestionándose por qué el desarrollo no podía ir hermanado a lo humano, si ése era su objetivo. En un país como el nuestro aún se apreciaban profundas riquezas manifestadas en valores y en tradiciones gremiales y familiares que daban sentido a la sociedad. Así, ella veía que estaban en grave riesgo elementos que conformaban el alma de cada uno de nuestros pueblos. De ahí emanaban su premura e interés por recorrer el país de arriba a abajo y acercarse a sus rincones y a su gente como quien está urgido de hacer un recuento del sentir y del hacer cotidiano, no desde el punto de vista formal, sino esencial. Ella observaba cómo es que en estas culturas, influenciadas por la contemplación más que por la racionalización, lo cotidiano siempre contiene la voz sutil de lo eterno.

**MARIANA EN EL TRAPICHE, PUEBLA,
1946**
(FOTOGRAFÍA DE ALBERTO BELTRÁN)